

PETER
SLOTERDIJK

¿QUÉ
SUCEDIÓ
EN EL
SIGLO XX?



SIRUELA BIBLIOTECA DE ENSAYO

Edición en formato digital: marzo de 2018

En cubierta: *ilustración de Clipart courtesy FCIT*

Título original: *Was geschah im 20. Jahrhundert?*

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Suhrkamp Verlag Berlin, 2016

All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag Berlin

© De la traducción, Isidoro Reguera

© Ediciones Siruela, S. A., 2018

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17308-65-0

Conversión a formato digital: María Beloso

Índice

El Antropoceno: ¿una situación procesal al margen de la historia de la Tierra?

De la domesticación del ser humano a la civilización de las culturas

En respuesta a la pregunta de si la humanidad es capaz de autodomesticarse

El experimento Océano

De la globalización náutica a la ecología general

El mundo sincronizado

Aspectos filosóficos de la globalización

¿Qué sucedió en el siglo XX?

De camino a una crítica de la razón extremista

El pensador en el castillo encantado

Sobre la interpretación de los sueños de Derrida

Observación fuerte

Para una filosofía de la estación espacial

El Renacimiento permanente

La *novella* italiana y las noticias de la Modernidad

La política de Heidegger: posponer el final de la historia

Odiseo el Sofista

Sobre el nacimiento de la filosofía
a partir del espíritu del estrés del viaje

Escritura casi sagrada

Ensayo sobre la Ley Fundamental

El otro logos, o La razón de la astucia

Sobre la historia de las ideas de lo indirecto

Nota a la edición

El Antropoceno: ¿una situación procesal al margen de la historia de la Tierra?

1 Humanidad sin peso

Cuando el químico atmosférico holandés Paul J. Crutzen propuso el año 2000 la expresión «Antropoceno» —recurriendo a un concepto análogo de 1873 del geólogo italiano Stoppani (1824-1891)— para caracterizar la era actual desde el punto de vista histórico-natural, resultaba fácil suponer que este término pasaría a formar parte del discurso hermético que se habla tras las puertas cerradas de institutos de análisis de gas o de geofísica, en exclusividad.

Sin embargo por una serie desconocida de casualidades, el virus semántico-sintético parece que consiguió traspasar las bien aisladas puertas de los laboratorios y expandirse en el mundo general de la vida; y da la impresión de que se reproduce con especial facilidad en el contexto de los suplementos culturales de altura, en el contexto de la industria museística, de la macrosociología, de los nuevos movimientos religiosos y de la literatura ecológica alarmista.

Habría que atribuir la proliferación del concepto, ante todo, al hecho de que, bajo el ropaje de objetividad científica, transmite un mensaje de urgencia político-mo-

ral casi insuperable, un mensaje que en lenguaje más explícito reza: el ser humano se ha convertido en responsable de la ocupación y administración de la Tierra en su totalidad desde que su presencia en ella ya no se lleva a cabo al modo de una integración más o menos sin huellas.

El concepto supuestamente relevante desde el punto de vista geológico, «Antropoceno», contiene un gesto que en contextos jurídicos se calificaría como el título de una agencia responsable. Con la adscripción de responsabilidad se crea una dirección para posibles denuncias. Y con ello nos las habemos hoy cuando atribuimos «al ser humano» —sin añadir epíteto alguno— la capacidad de autoría en dimensiones geo-históricas.

Cuando decimos «Antropoceno» participamos en un seminario geo-científico solo en apariencia. En realidad intervenimos en un juicio, más exactamente, en una sesión previa a la vista de una causa, en la que primero ha de esclarecerse la posibilidad de culpa del acusado. En esta sesión previa se trata de la cuestión de si, dada la minoría de edad del dudoso delincuente, tiene sentido siquiera abrir proceso contra él. En las audiencias correspondientes se escucharía, entre otros, al autor Stanisław Lem, que en contexto telúrico atribuye a la «humanidad» el estatus de una *quantité négligeable*, literalmente:

Si se reuniera [...] a la humanidad entera y se la apiñara en un lugar, ocuparía un espacio de 300.000 millones de litros, es decir, un tercio escaso de un kilómetro cúbico. Esto parece mucho. Sin embargo los océanos contienen 1.285 millones de kilómetros cúbicos de agua. Así que si se arrojara al océano a la humanidad entera, esos 5.000 millones de cuerpos humanos, el nivel del mar ni siquiera se elevaría la centésima parte de un milímetro. Con

este único remojón la Tierra se vaciaría de una vez por todas de seres humanos¹.

En relaciones cuantitativas como estas no importa para nada que en lugar de los 5.000 millones de seres humanos de Lem pongamos en la imagen la cifra hoy alcanzada de 7.000 millones, o la de 8.000 o 9.000 millones que se alcanzará tras el año 2050. Bajo el aspecto de la biomasa, incluso una humanidad que se multiplique tan rápido como quiera seguirá siendo una magnitud diminuta —en caso de que se pudiera hundir en el océano a la humanidad *toto genere*—. ¿Para qué, pues, iniciar un proceso contra una especie que no representa casi nada en relación con la masa fundamental de materia del sistema de Gea, toda el agua mundial? Por cierto, la posición de Lem queda muy cerca de la de los clásicos del menosprecio del ser humano —recuérdese la desdeñosa observación de Schopenhauer sobre la raza humana como moho fugaz sobre la superficie del planeta Tierra—.

A estos reparos se responderá por parte de la acusación que la aglomeración humana no es en absoluto, en su estadio actual de evolución, una mera realidad biomásica. Si ha de ser llevada al banco de los acusados sería ante todo porque constituye una agencia metabiológica, que gracias a su fuerza de acción puede ejercer mucho más influjo en el entorno del que podría suponerse por su relativa falta de peso física.

Por supuesto que en este contexto se piensa inmediatamente en las revoluciones técnicas de la Edad Moderna y en sus efectos colaterales, que no sin motivo se cargan en la cuenta del colectivo de la humanidad. En realidad, con esto se refiere uno en principio solo a la civilización europea y a su élite tecnocrática. Esta última es la que desde los siglos XVII y XVIII, por el uso de carbón, y

más tarde de petróleo, en máquinas de todo tipo, introdujo un nuevo factor en el juego de las fuerzas globales. Además, el descubrimiento y descripción de la electricidad poco antes del año 1800 y su dominio técnico en el siglo XIX generaron un nuevo universal en el discurso sobre la energía, sin el que ya no se puede imaginar el intercambio del hombre con la naturaleza —por recordar la definición marxista de «trabajo»—. El colectivo que hoy se caracteriza con expresiones como «humanidad» consiste fundamentalmente en agentes que, en menos de un siglo, se han apropiado de las técnicas desarrolladas en Europa. Que Crutzen hable de «Antropoceno» hay que interpretarlo como un gesto de educación —o de evitación de conflictos— holandés. Lo cierto es que sería más oportuno hablar de un «Euroceno», o de un «Tecnoceno» iniciado por europeos.

No es ninguna observación del todo nueva la de que actores humanos tengan repercusión sobre la naturaleza. Ya en la Antigüedad se tomó nota en la Hélade y en Italia de deforestaciones debidas a la demanda de madera para la construcción de barcos. Tampoco puede imaginarse el surgimiento de los paisajes antropógenos europeos sin el influjo de la agricultura, la viticultura y la ganadería. Sobre todo la última representa hasta hoy una partida explosiva de la cuenta que el ecosistema «Tierra» presentará un día a los seres humanos. Solo desde hace poco se ha puesto de relieve la relación entre la fuerza pastoral humana y el expansionismo político². Es evidente que existe un nexo causal relativamente joven desde el punto de vista de la macrohistoria, es decir, de cerca de tres mil años, entre cría de ganado vacuno y política imperial. No pocos imperios históricos —como el de los romanos, el de los británicos, el de los Habsburgo y el de los americanos— se basaban, en último

término, en el cultivo de grandes rebaños de ganado, que ponían a disposición de sus pastores un excedente significativo de fuerza de trabajo, movilidad, proteína y cuero, por no hablar del nexo entre el aseguramiento cotidiano de calorías y el expansionismo político. Desde hace poco se sabe también que a causa de sus funciones metabólicas el ganado vacuno produce un considerable influjo sobre el entorno.

Debe de haber aproximadamente unos 1.500 millones de cabezas de ganado vacuno en la tierra. Si se las arrojara al océano en su totalidad, la subida de este supondría alrededor de cinco veces más de la que resultaría si se hiciera lo mismo con la humanidad: se llegaría nada más y nada menos que a la dimensión de décimas de milímetro, pero con ello no se abandonaría aún el ámbito de la cuasi ausencia de peso.

La sobrecarga antropógena indirecta por la cría de ganado es, no obstante, imponente. A causa de la flatulencia debida a la digestión, cada vaca mantenida por seres humanos produce en una vida de tres años una cantidad de gas invernadero semejante a la de un viaje de 90.000 kilómetros con un motor de categoría media.

Al referirnos al poder humano pastoral en las dimensiones actuales de su ejercicio abandonamos el ámbito de las magnitudes insignificantes. Como productora de enormes emisiones indirectas, a la «humanidad» de la era industrial, a pesar de su falta de peso biomásico, le corresponde, de hecho, un papel relevante en la historia de la Tierra, sobre todo en su calidad de utilizadora de gigantescas flotas de automóviles, aviones y barcos con motores de combustión, pero también en relación con su equilibrio térmico en las regiones de la tierra en las que los inviernos acentuados dan motivo de compen-

saciones pirotécnicas y arquitectónicas. El asunto en litigio «Antropoceno» puede admitirse ya a juicio.

2 Doctrinas de las edades del mundo

Con el concepto «Antropoceno» la geología actual retoma el hábito epistemológico del siglo XIX de historizar cualquier objeto discrecional y dividir todos los campos historizados en eones, eras o épocas. El triunfo del historicismo fue alimentado sobre todo por la idea de evolución, que podía aplicarse a cualquier ámbito de la realidad, desde los minerales hasta los grandes cuerpos compuestos llamados «sociedades» humanas.

Por eso Marx y Engels, en armonía con el espíritu de su tiempo, pudieron afirmar: «Nosotros solo conocemos una ciencia, la ciencia de la historia»³. A sus ojos, la historia humana representa nada más que un caso particular de la historia natural, en tanto que el ser humano *per se* es el «animal» que tiene que asegurar su propia existencia por la producción. La historia de las «relaciones de producción» no sería otra cosa, pues, que la continuación de la historia de la naturaleza en otro registro. El metanaturalismo humano no sería más que historia natural técnicamente alienada. Lo que llamamos la «naturaleza» interior del ser humano sería lo que Spinoza llamó el impulso (*conatus*) a la autoconservación a cualquier precio, que imprime en toda vida la forma de la huida hacia delante.

La imagen marxista del mundo había hecho popular durante un tiempo la saga de las «relaciones de producción»; junto con sus grandes estadios de la era de los cazadores y recolectores, pasando por las sociedades esclavistas, el feudalismo, el capitalismo, hasta llegar al

«comunismo». Este mito tiene el gran mérito de sustituir por una teoría pragmática de las épocas las doctrinas antiguas de las eras o eones —que iban descendiendo desde la Edad de Oro hasta la de Hierro— y la doctrina de los imperios universales. Según ello, las épocas del mundo tendrían que diferenciarse por el modo y manera en que los seres humanos organizaron su «metabolismo con la naturaleza».

El concepto «Antropoceno» pertenece, por su gramática lógica, al grupo de las teorías pragmáticas sobre las edades del mundo. Determina una situación del metabolismo telúrico, en la que las emisiones provocadas por seres humanos han comenzado a influir en el desarrollo de la «historia de la Tierra». El concepto de «emisión» permite reconocer que el tipo de influjo sucede hasta ahora como «efecto colateral», porque en otro caso se hablaría de una «misión» o un «proyecto». La «e» delata en «emisión» el carácter involuntario de la influencia antropógena en la dimensión exohumana. Así pues, el concepto «Antropoceno» conlleva nada menos que la tarea de comprobar si el organismo «humanidad» es capaz de hacer de un efecto (expulsión) un proyecto, o de transformar una emisión en una misión.

Así pues, quien dice «Antropoceno» apela a una apenas existente todavía «Crítica de la razón narrativa». Dado que historias de gran efecto solo pueden organizarse comenzando por su final, el punto de vista antropocénico de la narración es idéntico a una opción moral fuerte. En las culturas narrativas de Occidente esta posición se reservó hasta ahora exclusivamente para la literatura apocalíptica. «Apocalipsis» es el intento de evaluar el mundo desde su final; implica un procedimiento cósmico-moral de clasificación, en el que los buenos son separados de los malos. Separar a los buenos de los malos

no significa otra cosa que separar a los dignos de supervivencia de los no-dignos de supervivencia: lo que se llama «vida eterna» es una expresión metafísicamente sobrecalentada para poder seguir haciendo algo; «condenación eterna» significa que un *modus vivendi* determinado no tiene futuro y que se excluye de las formas de existencia dignas de transmisión.

De modo que todo habla en favor de entender el concepto «Antropoceno» como una expresión que solo adquiere sentido en el marco de la lógica apocalíptica. «Apocalipsis» significa evidencia a partir del final hacia atrás. Sin embargo, dado que como colectivo no podemos estar del todo acabados sino que, hasta nuevo aviso, siempre seguimos haciendo algo, lo que sea, la inteligencia humana no puede llevar a cabo de manera concluyente la mirada retrospectiva a su historia. Solo puede ensayarla en diversas formas de anticipación; algo que confirma una serie ilustre de simulaciones, tanto sublimes como profanas, desde *El libro de los muertos* egipcio hasta el primer informe del Club de Roma.

La injerencia del ser humano en la historia de la naturaleza demuestra que la intuición originaria de Heidegger de concebir el ser como tiempo era fundamentalmente correcta. Aunque en ella faltaba un elemento esencial; a saber, que el tiempo solo se hace ostensible como tiempo cuando se le estorba en su transcurso regular.

El primer estorbo del que fueron conscientes los antiguos fue el retraso, que constituye una de las formas fundamentales de la tragedia. También la humanidad actual está amenazada por retrasos, sobre todo por lo que se refiere a la toma de medidas «político-ambientales». No obstante, en general, para los modernos el tiempo como tal se hace ostensible ante todo por aceleraciones. La aceleración hasta el límite extremo de la pista de mo-

vimiento es el *movens* de la característica apocalíptica contemporánea. De ahí derivó Heidegger la figura conceptual del «adelanto hacia la propia muerte», al asumir con la anticipación del final un acortamiento existencialista. La auténtica tarea del pensar tendría que haber consistido ya en su tiempo en indagar por qué la Modernidad, por motivos inmanentes, se instala en la anticipación de un final total. Esto hubiera exigido un análisis de los motivos de la aceleración procesal general que había impuesto al *modus vivendi* de los modernos la forma del hacia delante absoluto.

3 Círculos modernos de éxito

Quien pregunte por el *movens* de la aceleración típica de la Modernidad se fija en mecanismos de retroalimentación para los que el sociólogo americano Robert K. Merton, siguiendo un pasaje conocido del Nuevo Testamento, ha propuesto la expresión «efecto Mateo». En las palabras de Jesús —«A quien tiene se le dará, y tendrá más, pero a quien no tiene se le quitará incluso lo que tiene» (Mt 25, 29)—, se anticipa cumplidamente, de manera intuitiva, la lógica del círculo autopotenciador de retroalimentación. Efectos de ese tipo imprimen en las modernizaciones típicas la forma del *circulus virtuosus*, es decir, del círculo de suerte o de ventura. Aunque la Edad Moderna también está marcada por la aparición de *circuli vitiosi* desastrosos, la imagen de todo su transcurso, sin embargo, es hasta ahora la de un nexo de círculos venturosos cuyos efectos se acumulan en una nueva percepción del tiempo.

Citemos en este punto seis de tales procesos circulares autopotenciadores, entrelazados por interacción múlti-

ple: las artes plásticas, el sistema crediticio, la ingeniería mecánica, el Estado, la investigación científica y la jurisprudencia.

De hecho, desde el siglo xiv las artes plásticas muestran en Europa una organización nueva desde el punto de vista histórico. Lo que se llama Renacimiento es la consecuencia de una autointensificación progresiva durante siglos de la capacidad artística en los talleres de la Italia septentrional, Flandes y Alemania, hasta que finalmente en los siglos xvi y xvii, gracias a una continua retroalimentación positiva —acrecentada por competencia y por mutuo espionaje—, alcanzó una altura de maestría ya insuperable; basta recordar nombres como Tiziano, Caravaggio o Rembrandt⁴ para ilustrar que la capacidad artística llegó hasta lo estratosférico. En los talleres de maestros modestos del siglo xiv se había ido ejercitando el círculo virtuoso en el que el arte moderno se movería felizmente hacia arriba, mientras se trató en esencia de arte de virtuosos. En cambio, con la aparición del arte moderno y su paso a la era del *global art* se impusieron los estándares de un mercado mundial de producciones posvirtuosas.

Se pueden observar procesos análogos en el ámbito de influencia de las retroalimentaciones positivas, normalmente identificado con la economía. También en él se activó a partir de los siglos xiv y xv un potente *circulus virtuosus*, al que se debe que de la unión de crédito y talento —entendida esta última palabra en sentido moderno— surgieran grandes fortunas y que a partir de capitales iniciales modestos crecieran empresas de alcance mundial.

Seguramente también en esta parte del mundo, como sucedió en China, la dinámica autorreforzante del arte económico de dirección de empresas se habría detenido

al nivel de una economía manufacturera desarrollada, si no fuera porque en el paso del siglo xvii al xviii se unió a un ímpetu adicional de procesos autorreforzantes. Estamos acostumbrados a designar esa esfera con nombres sumarios como «construcción de máquinas» o «ingeniería», y quien en este asunto quiera permanecer sin pensar nada puede simplemente decir «técnica». La estrecha alianza del segundo con el tercer círculo de fortuna, es decir, de la economía impulsada por la innovación con la ingeniería de la construcción de máquinas, dio lugar al monstruo dinámico que, a causa de una pereza de espíritu habitual desde el siglo xix, sigue designándose con el desafortunado término de «capitalismo»; aunque si se hubieran buscado nombres auténticos habría debido llamarse desde el principio «creditismo» o «invencionismo». A este monstruo que se reproduce a sí mismo se refiere Schumpeter al escribir en 1912 una frase que suena anodina aunque, en verdad, sea abismal: «El desarrollo produce siempre más desarrollo».

Este enunciado podría aplicarse también al siguiente círculo de autorrefuerzo: el desplegado por el Estado moderno. Desde sus arduos comienzos en la época de las guerras de religión, el moderno Estado administrativo, intervencionista y fiscalista crea un efecto Mateo de tipo propio, en tanto que, obedeciendo a la lógica de una identidad propia favorable a la ampliación, genera continuamente para sí nuevas atribuciones, nuevos ámbitos de regulación y poderes de intervención de profundo calado. Aquí hay que recordar la ley wagneriana, conocida también como «ley de la cuota estatal creciente» o «ley de la ampliación continua de la actividad estatal», dos especificaciones que, por lo demás, eran consideradas positivas por su creador, Adolph Wagner (1835-1917), el optimista del desarrollo desde su cátedra de